

LA DINAMICA ESTRUCTURAL DE LA
CULTURA PUERTORRIQUEÑA (1)

Tratándose de una concurrencia compuesta principalmente de policías y agentes de la ley norteamericanos, tal vez sería mejor utilizar un título como el siguiente: What makes the Puerto Rican tic? (¿Cuál es el resorte del puertorriqueño?) El grupo de personas al cual me dirijo, ha venido a la Isla en busca de un conocimiento instrumental, del cual pueda servirse en su brega con los puertorriqueños que residen en los Estados Unidos Continentales, al modo como utilizan su lápiz, su cuaderno de notas o su reloj, para llevar a cabo una tarea inmediata: la de ayudar a la convivencia de los puertorriqueños y los americanos.

Con el propósito de facilitar a este grupo el tomar anotaciones mentales manejables, le daré primero el marco de referencia universal dentro del cual voy a organizar unas observaciones fundamentales sobre lo particular puertorriqueño. Dentro de este marco de referencia trazaré los puntos sobresalientes del proceso cultural de esta isla. Primero, los hechos históricos, y luego, las consecuencias más significantes de esos hechos. Terminaré con las recomendaciones de lo que, a mi juicio, se impone a fin de asegurar el mejor futuro del isleño en su convivencia con su

(1) Seminario ofrecido por La Policía Insular de Puerto Rico a un grupo de policías de Estados Unidos, 23 de febrero a 1° de marzo de 1959

conciudadano continental.

I

EL MARCO DE REFERENCIA

El abate Dimnet, pensador francés de gran mérito, ha escrito un interesante libro, traducido al inglés bajo el título What we Live By, o Las Fuerzas Directrices de la Vida Humana. La obra es un comentario a los tres valores supremos propuestos por la cultura griega: lo bueno, lo verdadero, lo bello. Por supuesto, estos tres valores han sido no sólo adoptados, sino transfigurados por la fe y la tradición cultural de la cristiandad. El abate Dimnet analiza el alcance de estos valores y su aplicabilidad a la vida contemporánea.

En la versión del Evangelio de San Mateo sobre las tentaciones en el desierto, Nuestro Señor Jesucristo da a Satanás una contestación en la cual menciona, por lo menos, dos fuerzas por medio de las cuales vivimos: el pan de trigo y la Palabra de Dios. En el llamado Sermón del Monte Jesús utilizó la imagen de los lirios del campo y las aves de los cielos para ilustrar la fe por la cual ha de vivir el cristiano: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." En el Evangelio de San Lucas, el Maestro amplió esta enseñanza con la parábola del rico insensato para que sus alumnos aprendiesen a "guardarse de toda avaricia, porque la vida del

hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee."

Con la intención de facilitar el planteamiento de esa cuestión: "En qué consiste la vida del hombre," hemos ideado un modelo de la estructura dinámica de la persona, la misma que utilizamos al plantear los principios básicos de las relaciones humanas.

Ofrecemos este modelo solamente como un recurso heurístico. Es obvio que la personalidad carece de estructura objetiva, en el sentido de las ciencias físicas o biológicas, sobre todo cuando se tiene en mente el concepto clásico de una substancia resextena, como la llamó Descartes. Sin embargo, aún en ese sentido, hay nuevo concepto de la estructura, lo cual llevó a Cassirer a plantearse, desde 1920, la relación entre substancia y función. El filósofo argentino Risieri Frondizi traslada el mismo planteamiento a la realidad del yo, con lo cual es permitido referirse a una estructura funcional. Sabemos que el modelo de la estructura atómica de cualquier elemento no tiene realidad objetiva, en el sentido antiguo del concepto de substancia. Sabemos que cada una de esas esferitas de colores y los cilindritos que las unen entre sí, son meramente representaciones visuales para fuerzas, o tal vez para fuentes de energía. Sin embargo, el modelo de la estructura

atómica ayuda a visualizar esa dinámica como estructura. Análogamente se puede concebir la estructura de la persona humana como un sólido piramidal, fundado sobre una base triangular. En rigurosa lógica, si esta pirámide es un organismo vivo su proceso constante de crecimiento, cuando llegue a su punto culminante o ápice, teóricamente se desvanecerá en el punto geométrico, que no tiene más realidad que la pura idea, o sea la pura nada. Funcionalmente los tres lados de la pirámide crecen sin encontrarse jamás, porque la integración final sería el anonadamiento.

En la concepción de este modelo hemos sintetizado múltiples lecturas. Confesamos que el impulso inicial lo recibimos del concepto cristiano de La Trinidad. Sobre todo, como lo expone San Agustín. Este mismo concepto cristiano inspiró a Hegel los factores iniciales de su dinámica de la historia. Aún los tres estados de la filosofía kierkegaardiana, al parecer del sistema hegeliano, guardan un lejano parentesco con la trinidad agustiniana y con la misma dialéctica de Hegel. Finalmente, el triángulo semántico de Korzybski, adaptado al inglés por Ogden y Richards, fue tal vez el factor más importante en la concepción de este modelo.

En la denominación de los tres ángulos, que nos sirven para trazar esta base triangular, advierto haber obtenido

la información básica de Freud, de Jung y de Malinowski. De Freud, para el concepto de lo somático; de Jung, para el concepto de lo psíquico; y de Malinowski, para el concepto de lo cultural. A ninguno de estos maestros he copiado servilmente. Me he apoyado en ellos para fundamentar mi propia interpretación y mi propio concepto de lo que es la persona humana. Pero la raíz más profunda de mi propio concepto no es ni la psicología, ni la antropología, ni la medicina, sino el concepto evangélico y neotestamentario. Mi psicología social y mi psicología dinámica es básicamente antropología cristiana.

Como nos ha preocupado siempre la polémica entre naturalistas y espiritualistas, el planteamiento claro de este modelo de la estructura dinámica del ser humano reviste especial importancia heurística. Consideramos que tal vez la falla más seria en el pensamiento de nuestro Eugenio María de Hostos es el no haber distinguido con claridad entre lo que él llama naturaleza y naturaleza humana. Para no exponernos a incurrir en lamentables deslices semánticos que pueden oscurecer la comprensión del ser humano, será mejor no designar con el mismo tema lo creado y al Creador. Por el otro lado, esta confusión semántica es tan antigua en el pensamiento occidental como Benito Spinoza, el primero, hasta donde sepamos, en designar como natura naturans, y natura naturata dos órdenes de realidad cuya esencial diferencia no quiso

admitir, abriendo de este modo el camino a mistificaciones reiteradas.

Bástenos mencionar, desde el comienzo, la índole paradójica o contradictoria del ser humano, reconocida ya desde los albores del pensamiento, destacada en la Escritura Sacra, al designar al hombre como hijo de Dios, la propia imagen de su substancia, y a la vez, como nada y menos que nada.

La contradicción, la antinomia y la paradoja parecen constituir la diferencia específica del ser humano y la nota definitoria de su estructura funcional. Ya en el aspecto somático el mismo Freud utiliza un par de conceptos contradictorios o antinómicos para designar las dos fuerzas polarizadas que, a su juicio, proveen el cimiento del ser humano. El las llama instinto de vida e instinto de muerte. El instinto de vida está simbolizado primariamente en el amor, o lo que Freud llama la libido. Es digno de notarse que ya el poeta italiano Leopardi había señalado a esta relación en los famosos versos:

Hermanos a un mismo tiempo el amor y la muerte
los engendró la suerte.

Las ciencias biológicas indican lo propio con el concepto de homeostasis, en Claude Bernard. Walter Cannon hace de este concepto la base de su obra maestra: The

Wisdom of the Body. Otro médico ilustre, que es a la misma vez filósofo, teólogo y artista, ha sentido, más que nada, esta antinomia contradictoria al proponer, como la base de un sistema de valores éticos, su fórmula: "reverencia por la vida." Al borde de su selva primitiva, Albert Schweitzer pudo sentir, como nadie, esa ley de la selva, "roja en garra y en colmillo." Rubén Darío, el gran poeta nicaraguense, sintió indudablemente la tremenda contradicción de sostener la vida por el ejercicio perpetuo del asesinato, cuando escribió los sonoros versos de su "Hermano Lobo." Hacer del lobo el hermano quiere ser una negación de la vieja filosofía: "El hombre es el lobo del hombre." La ley de matar para vivir, como anticipación de la fórmula darwiniana y freudiana, podría rastrearse en las palabras óidas por Pedro en su famoso sueño: "Pedro, mata y come." (Hechos de los Apóstoles, cap. X, verso 9)

Dentro del paréntesis trazado por el instinto de vida y el instinto de muerte, las tres necesidades básicas del ser humano serían la nutrición, el sexo y el albergue. Todos los animales o seres vivos parecen sometidos al imperio de estas tres necesidades primarias. Todos necesitan nutrirse, reproducirse y protegerse. Las circunstancias favorables que protegen la existencia del ser vivo

podrían denominarse como albergue. Pero el ser humano, además de estas tres necesidades primarias, parece movido por una cuarta necesidad, que a falta de mejor término, llamaremos simpatía o comunicación. Toda la naturaleza parece estar gobernada por un sistema de conducta que mueve a todo ser natural a procurarse la satisfacción de estas tres necesidades primarias, y una vez satisfechas, el ciclo de su existencia parece cerrarse. El ser humano tiende a sobrepasar este ciclo de la pura naturaleza en una orla que, juzgada desde el punto de vista de la mera naturaleza, parece ser una zona de lujo. A esta zona se la ha llamado de varias maneras: comunicación, simpatía, convivencia, integración, confraternidad, en una palabra, espíritu. Parece que esta cuarta zona es el nexo o puente sobre el cual pasa la materia para convertirse en naturaleza humana.

El segundo ángulo o punto de nuestra base triangular lo constituye lo que denominaremos el factor psíquico. Basta mencionar la palabra psique, para que surja a nuestras mentes el nombre del psicólogo suizo Carl Jung. El par de conceptos contradictorios utilizados por este psicólogo, han tomado ya carta de naturaleza en el lenguaje popular. Todos nos creemos autorizados para hablar de introversión y extroversión. Aunque el profesor, emérito de la Universidad de Jerusalem, Martín Búber, publicó su condensado

libro Yo y Tú con posterioridad a la teoría de Jung, creo que ni Jung ni Buber admitan influencia mutua en el modo como utilizan este par de conceptos contradictorios. Sin embargo, es justamente en el juego de esta contradicción que se forma la psique humana. Todo estudiante de filosofía ha tenido que bregar desesperadamente con la antinomia infranqueable del sujeto-objeto. La Crítica de la Razón Pura llevó hasta su último reducto el análisis de esta antinomia. La filosofía postkartiana ha sido un esfuerzo titánico para superar la antinomia sujeto-objeto. Mientras el problema se planteó en términos de abstracción filosófica, la superación ha sido punto menos que imposible. Pido perdón a los teorizantes de la filosofía si me atrevo aventurar una opinión casi profana. El llamado existencialismo europeo, como el personalismo norteamericano, no es otra cosa que la inevitable incursión de una psicología, a veces con pretensiones de científica, llámase experimental, dinámica, genética, gestaltista o topológica, en el problema básico de la filosofía. No en vano los grandes corifeos de estas corrientes filosóficas son, a la vez que filósofos, psicólogos y médicos; y se llaman William James, Carl Jaspers y Carl Jung. Recién ahora comienzan a trazarse curiosos paralelos entre la filosofía de Carl Jung y la filosofía de Miguel de Unamuno. La relación no es, en modo alguno, traída por los cabellos.

La formación del Yo implica inevitablemente el concepto del Tú. La obra de J. Piaget, al investigar la estructuración del mundo en la mentalidad del infante y del niño, ha iluminado casi meridianamente esta relación profunda en la creación de una experiencia de Yo en el niño, en tensión con una experiencia del Tú. Esta experiencia del Yo es el sujeto de toda experiencia, y en última instancia el sujeto gramatical de la oración, y el sujeto del juicio lógico; de donde que al esclarecer la formación del Yo, se esclarece simultáneamente las relaciones entre los sistemas categoriales de Aristóteles, de Kant y el nuevo sistema de categorías que va buscándose a través del existencialismo, la fenomenología y el personismo. Tal vez de ello surja la posibilidad de estructurar una nueva filosofía.

El Tú es el objeto para el Yo. Del mismo modo que el Yo es el sujeto gramatical y lógico, el Tú es objeto de la proposición y del juicio. Esta observación explica la íntima conexión de ciencias muy modernas, aparentemente ajenas entre sí, como son la psicología, la antropología y la filología; porque van encaminadas a desembocar en una sola ciencia del hombre. Carl Jung parece haber acertado con esta tendencia contemporánea al seleccionar un título para una colección de sus ensayos: El Hombre a la búsqueda de su psique.

El punto del tercer ángulo de este cimiento triangular lo constituye la cultura. Tal vez parezca bizarro que un teólogo espiritualista, como el que les habla, escoja como paradigma de un teorizante de la cultura, a un antropólogo de filiación positivista, como es Bronislaw Malinowski. Lo prefiero a cualquier otro teorizante porque a mi juicio, es el que mejor esclarece la relación de lo somático, lo psíquico y lo histórico-social para explicar la estructura integral de la persona humana. Por supuesto, Malinowski no limita las necesidades primarias a la tríada ya mencionada. Explica la formación de instituciones culturales como la institucionalización en sociedad de una necesidad primaria. Pensemos en una necesidad primaria, como la nutrición. A medida que la sociedad se complica, crea innumerables instituciones para facilitar la producción, la distribución y el consumo de alimentos. Se hace necesario regimentar la nutrición dentro de un orden de derecho. Y esta relación entre la necesidad puramente natural, el desarrollo de un complicado sistema de producción, de distribución y de consumo produce, a lo largo de la historia, y por la colaboración de incontables generaciones, lo que llamamos una cultura.

Toda cultura es un tejido de instituciones originadas para satisfacer necesidades primarias, para crear los instrumentos de producción, distribución y consumo y para

honrar los valores implícitos en la satisfacción de esas necesidades. Una cultura en particular puede dar mayor importancia a las necesidades; otra, a los instrumentos o medios de satisfacerlas; otra, a las aspiraciones o valores implicados en el proceso de satisfacción. Y la mayor o menor importancia que se dé a cada uno de estos tres aspectos, va a caracterizar esa cultura. Lo característico del ser humano es que una vez satisfechas las necesidades primarias, en su orden natural, le queda siempre un margen de aspiración que trasciende a la satisfacción biológica. Consideremos, por ejemplo, la sed. El animal o la planta se procura una fuente de agua, sea extendiendo las raíces subterráneas hacia la fuente, sea caminando hacia la fuente, sea por un sistema fisiológico de vasos linfáticos que conducen el agua a las más remotas extremidades del cuerpo humano. Una vez satisfecha esta necesidad, el organismo saciado descansa. Pero el ser humano, además de satisfacer su sed, inventa copas de oro o de otros metales preciosos, labrados artísticos y lacas de primorosos diseños. El arte desplegado en la vasija de oro, de cristal o de laca no añade nada a la satisfacción fisiológica, pero sí es un indicio que revela ese otro margen de aspiración que va más allá de la satisfacción natural y que, en última instancia, es el síntoma esencial de lo que llamamos dinámica de la cultura, la presencia de un espíritu creador.